

la historia de Inglaterra, cuyas innumerables peripecias y accidentes se desarrollan al través de los siglos y sólo pueden comprenderse y explicarse conociendo bien el plan de los actos anteriores, haré preceder mi relato de un bosquejo de los anales ingleses desde los tiempos más remotos, pasando rápidamente por sobre centurias enteras hasta llegar á las vicisitudes de la lucha temerosa cuya crisis definitiva produjo la administración de Jacobo II; período de alteraciones, mudanzas y revueltas que, dentro del plan general que me he trazado, forma el particular de la presente historia, y ha de tratarse por esta circunstancia con cierta extensión y detenimiento.

## I.

## BRETAÑA BAJO LOS ROMANOS.

Nada indicaba en los principios de la Gran Bretaña el grado de grandeza que había de alcanzar con el tiempo, pues cuando por primera vez arribaron á sus costas los marinos de Tiro, apenas si aventajaban en algo sus naturales á los de las islas de Sandwich. Sometiéronlos las armas de Roma; pero sólo recibieron tenue barnizada literaria y artística de la nación invasora; y como de todas las provincias occidentales que obedecían á los Césares fué la última que conquistaron y la primera que abandonaron, no vemos en ella esas ruinas grandiosas de pórticos y de acueductos romanos, ni se cuenta ningún escritor de sangre británica entre los maestros de la poesía y de la elocuencia latina, siendo probable que tampoco fuese

familiar en tiempo alguno de la historia el idioma de los vencedores á los vencidos insulares. Porque si del Atlántico á las riberas del Rhin fué por espacio de siglos la lengua latina tan preponderante, que hizo caer en olvido la céltica, pudo resistir la teutónica y dió la base y los primeros elementos á la francesa, la española y la lusitana, en la Gran Bretaña no parece haber sustituido jamás al antiguo lenguaje galo, ni logrado resistir más tarde al germánico tampoco.

La escasa y superficial civilización que habían conquistado los Bretones por efecto de su comercio con los dominadores meridionales, desapareció á consecuencia de las calamidades del siglo v. Pues si en los reinos del continente que germinaron de la disolución del Imperio romano aprendieron mucho los vencedores de los vencidos, no aconteció así en la Gran Bretaña, donde la raza conquistada se tornó tan bárbara como la conquistadora.

## BRETAÑA BAJO LOS SAJONES.

Así fué que, mientras los jefes bárbaros, fundadores de las dinastías teutónicas en las provincias continentales del Imperio romano: Alarico, Teodorico, Alboino y Clodoveo, fueron celosísimos cristianos, los compañeros de Ida y de Cerdic, por el contrario, aportaron á sus Estados de la Gran Bretaña cuantas supersticiones se practicaban orillas del Elba; y mientras los príncipes germanos que reinaban en París, Toledo, Rávena y Arlés oían con respeto la palabra de los

obispos, adoraban las reliquias de los mártires y tomaban parte activa y resuelta en disputas sobre la teología de Nicea, los conquistadores de los reinos de Wesser y de Mercia celebraban sus ritos bárbaros en los templos de Thor y de Woden.

Los reinos continentales que se habían levantado sobre las ruinas del Imperio de Occidente conservaban algunas relaciones todavía con aquellas provincias occidentales donde, aun cuando iba pulverizándose, por decirlo así, la civilización antigua bajo la influencia de Gobiernos ineptos, era ésta eficaz, sin embargo, á maravillar é instruir á los bárbaros; cuya corte conservaba la magnificencia imperial de los tiempos de Diocleciano y de Constantino; en cuyos edificios públicos campeaban esculturas de Policetes y pinturas de Apeles, y en las cuales, laboriosos pedantes, faltos de buen gusto, de ingenio y de discernimiento, pero versados en la lengua griega, leían é interpretaban las obras maestras de Sófocles, Demóstenes y Platón. No acontecía lo propio con la Gran Bretaña, cuyas costas eran para la raza culta y letrada de las orillas del Bósforo causa de misterioso terror, comparable sólo al que los Jonios de Homero experimentaban al pensar en los desfiladeros de Scyla y en la ciudad de los antropófagos lestrigones; que había en la isla británica, según Procopio, una provincia poblada de serpientes en número prodigioso y en la cual era el aire tan mortífero, que hacía imposible la vida; región esta desolada y lúgubre, asiento de toda tristeza y adonde una raza extraña de pescadores trasportaba en sus barcas al mediar la noche las almas de los Francos, siendo su oficio, aun más que luctuoso, de gravísimo peligro; pues aparte de que oían los barqueros los discursos terroríficos y aciagos de los muertos, á las veces zozobraban las lanchas bajo

el peso de los viajeros invisibles á los mortales. Estas y otras maravillas refería en tono sentencioso y grave un hábil historiador contemporáneo de Simplicio, de Belisario y de Tribonio en la opulenta y civilizada Constantinopla respecto de un país entre cuyos moradores lució la púrpura del Imperio el fundador de la capital de Oriente. Pues en tanto que poseemos acerca de las demás provincias del Imperio de Occidente una serie no interrumpida de documentos, sólo en lo que se refiere á la Gran Bretaña se advierte que dos épocas históricas se hallen separadas por otra fabulosa, y que mientras Totila y Odoacro, Eurico y Trasmundo, Clodoveo, Fredegunda y Brunequilda sean personajes verdaderos, Hengisto y Horsa, Vortigern y Rowena, Arturo y Mordred sean personajes míticos, problemáticos, discutibles, y que sus aventuras se antojen parecidas á las de Rómulo y Hércules.

### III.

#### CONVERSIÓN DE LOS SAJONES AL CRISTIANISMO.

Luégo comienzan con el trascurso de los tiempos á disiparse las nieblas de la historia, y la tierra que perdimos de vista bajo el nombre de Bretaña se ofrece de nuevo á nuestros ojos bajo el de Inglaterra, siendo el punto de partida de prolongada serie de benéficas revoluciones la conversión al cristianismo de los conquistadores sajones. Ciertamente es que se hallaba profundamente corrompida ya la Iglesia por la superstición y la filosofía, si bien de ésta logró vencer tras lucha prolongada y ruda; pero como abrió de par en par

sus puertas con sobra de confianza y de facilidad á sus doctrinas de antiguas escuelas y á ritos de antiguos templos, así la ignorancia gótica y la política romana, como la sutileza griega y el ascetismo sirio, contribuyeron á labrar su daño, si bien guardaba intacta mucha parte del tesoro de sublime teología y benéfica moral de sus primeros tiempos para elevar las inteligencias y purificar los corazones; aconteciendo el siglo VII y mucho después, que algunas de aquellas cosas que luégo, en tiempos más cercanos á los nuestros, le fueron justamente imputadas entre sus mayores afrentas y vergüenzas, entonces se clasificaron en el catálogo de sus virtudes principales y esclarecidas. Pues si en nuestros días invadiera y se atribuyese las funciones de la magistratura civil el poder sacerdotal, sería ocasión de grandes daños; pero de que ciertas cosas sean perjudiciales en épocas de buen gobierno y de progreso, no se sigue que lo sean asimismo en épocas de gobiernos groseramente malos.

Mejor es ciertamente que se halle regido el mundo de leyes sabias y de opinión pública ilustrada, que no de diplomacia clerical; pero más vale todavía estar bajo el gobierno de diplomacia clerical que de la fuerza bruta, y por prelados como Dunstan que por guerreros como Penda; que sociedades sumidas en la ignorancia y dirigidas únicamente de la fuerza física deben regocijarse cuando clases cuya influencia es moral é intelectual se sobreponen, predominan y triunfan de la materia; pues si bien es indubitable que abusarán éstas de su poder, el moral, aun cuando ejerzan sus depositarios de la manera más abusiva, será siempre infinitamente mejor que aquel ejercicio del poder que consiste sólo en la fuerza física. Léanse historias de tiranos en las crónicas sajonas, los cuales, después de haber llegado al apogeo de la gran-

deza, devorados de remordimientos, comenzaron á mirar con horror las pompas, placeres y dignidades adquiridas de una manera criminal, y que no satisfechos con abdicar la corona, imploraron por medio de crueles penitencias y rezos continuos el perdón de sus iniquidades. Con ser tanta la moralidad de estas lecturas, sólo fueron eficaces á mover á desprecio y á excitar las burlas de ciertos escritores que, á pesar de sus alardes de liberalismo, se hallaban tan llenos de preocupaciones como el fraile más fanático de la Edad Media, y todo porque no tenían otro criterio para entender y juzgar los sucesos históricos sino es aquel que adoptó la sociedad parisiense del siglo XVIII; sin advertir que un sistema eficaz, á pesar de haberlo corrompido la superstición, para imponer tan grandes obligaciones morales en aquellos Estados que antes se regían sólo con mano de hierro y á lanzadas, y se inspiraban en la temeridad y las pasiones sin freno, y que así enseñaba al más poderoso tirano como al más feroz caballero ó al más humilde siervo, que todos eran igualmente seres responsables, habría debido merecer de los filósofos y de los filántropos palabras más circunspectas y respetuosas.

Lo propio deberá decirse del desprecio con que, por ser de moda en el siglo XVIII, se hablaba de las peregrinaciones, de los asilos religiosos, de las cruzadas y de los institutos monásticos de la Edad Media. Pues en tiempos en los cuales rara vez sentían los hombres la necesidad ó el deseo de viajar, movidos del afán de ver y aprender ó de adquirir riquezas, más valía ciertamente que los rudos y toscos pobladores del Norte fueran á Italia y á Oriente como peregrinos, y vieran y aprendieran, que vegetaran toda su vida en las sucias cabañas y agrestes bosques de su patria; que en tiempos en los cuales tiranos y malhechores ponían

á cada hora en peligro la vida de los hombres y el honor de las mujeres, el respeto, absurdo si se quiere, que consideraba como lugar sagrado é inviolable el recinto de una capilla, valía más que la falta de refugio donde guarecerse para huir de la crueldad y la licencia; que cuando eran incapaces los hombres de Estado de poner por obra vastas combinaciones políticas, era mejor sin duda ninguna que los pueblos cristianos se levantaran y juntos fueran sobre Palestina para conquistar el Santo Sepulcro, que sucumbieran uno tras otro á las armas mahometanas; que por justos que hayan sido después los cargos dirigidos á la indolencia y al lujo de las órdenes religiosas, bien hicieron y bueno fué ciertamente que en tiempos de barbarie y de violencia hubiera claustros solitarios y tranquilos en los cuales pudieran cultivarse con fruto y seguridad las artes de la paz; donde los seres de dulce y contemplativa naturaleza encontraran asilo; donde, mientras un fraile pudiera con todo el espacio y sosiego necesarios consagrar largas vigiliás á transcribir la *Eneida* de Virgilio, otro meditara sobre las *Analíticas* de Aristóteles; y el que poseyera inclinaciones y gusto artístico, iluminara un martirologio ó esculpiera un crucifijo, ó el aficionado á filosofía natural hiciese cuantos ensayos y análisis le pluguiera en orden á las propiedades de plantas y minerales. Tanto es así, que si los retiros monásticos no hubieran estado esparcidos y como dispuestos entre las cabañas de aldeas míseras de siervos y almenadas fortalezas de opulenta y feroz aristocracia, la sociedad europea sólo se habría compuesto entonces de liebres y lebreles. Con frecuencia comparan los teólogos á la Iglesia católica con el arca santa de que nos habla el Génesis; pero, á nuestro parecer, nunca fué más exacta esta imagen que durante aquellos días de memorable

tristeza, en los cuales flotó solitaria en medio de la oscuridad y del temporal sobre las aguas de nuevo diluvio que cubrían todas las grandes obras de la política y de la sabiduría de otros tiempos, llevando en su seno los gérmenes de nueva y más vigorosa y espléndida civilización.

Por lo que hace á la supremacía espiritual que se arrogaba el Papa, produjo más bienes que males, pues en aquellos siglos de tinieblas dió por resultado unir las naciones de la Europa occidental en una sola y grande colectividad, viniendo á ser por tanto Roma y su obispo para todos los cristianos de la comunión latina, desde la Calabria hasta las Hébridás, lo que fueron las carreras del Olimpo y los oráculos pithios para todas las ciudades griegas desde Trebisonda hasta Marsella. Merced al influjo de Roma crecieron, pues, y se desarrollaron en gran escala el afecto y la reciproca benevolencia; y las razas, separadas por anchos mares y elevadísimas montañas, se abrazaron como hermanas y adoptaron el mismo código de derecho público, alcanzando también á la guerra su eficacia, pues hasta la crueldad de los conquistadores quedó por obra suya contenida más de una vez en los términos de verdadera filantropía, con sólo recordar que así ellos como sus enemigos vencidos eran todos miembros de una misma y grande federación.

En esta federación consiguieron entrar, al fin, los antiguos Sajones y establecer comercio de ideas entre las riberas de Inglaterra y la comarca europea donde aun estaban visibles los restos de la civilización antigua; pues como muchos monumentos famosos que después fueron mutilados ó destruidos conservaban todavía su antigua magnificencia, los viajeros para quienes Salustio y Tito Livio eran letra muerta, sólo con ver el Panteón, cuya cúpula de bronce reflejaba

los rayos del sol; el mausoleo de Adriano, embellecido de las columnas y estatuas que luégo le quitaron; el anfiteatro de Flavio, en su imponente majestad, antes de quedar transformado en cantera de piedra labrada, y tantos templos y acueductos como daban testimonio de las grandezas pasadas, podían adquirir los peregrinos mercianos y northumbrianos alguna idea de la historia romana. Llenos de asombro y de respeto, y medio desbastados con el espectáculo que ofrecían los despojos de la civilización antigua, regresaban los insulares á su patria y referían á los rústicos moradores de las barracas de Londres y de York, que los escuchaban atónitos, cómo una raza poderosa, extinguida ya, levantó en sus días, donde á la sazón se hallaba el sepulcro de San Pedro, edificios de tanta magnitud y resistencia que durarían hasta la consumación de los siglos. Con esto, en pos del cristianismo y de las peregrinaciones llegó el saber, pues comenzó á estudiarse con asiduidad la poesía y la elocuencia del siglo de Augusto en los monasterios de Mercia y Northumbria, conquistando merecida fama en toda Europa Beda, Alcuino y Juan, por otro nombre Erigena. Tal era el estado de Inglaterra cuando comenzó en el siglo IX la grande y última invasión de los bárbaros del Norte.

## IV.

## INVASIONES DINAMARQUESAS.

Consistieron éstas en que durante algunas generaciones Dinamarca y Escandinavia lanzaron, unas en pos de otras, numerosas flotas de piratas, temibles

por su fuerza, su valor, su ferocidad y por el odio en que tenían el nombre cristiano. Ningún país sufrió más del estrago de aquellos malhechores que Inglaterra; y como sus costas eran vecinas de los puertos en donde se embarcaban, ninguna parte de la isla Británica estuvo entonces segura y libre de sus ataques, renovándose con tal motivo por los Dinamarqueses contra los Sajones las mismas atrocidades que siglos antes habían ejercido los Sajones sobre los Celtas, y desplomándose y desapareciendo de nuevo con tan rudo embate la obra de la civilización, que comenzaba en aquel momento histórico á ser visible y á estar en vías de prosperidad. Estableciéronse numerosas colonias de aventureros del Báltico en las riberas del Este de Inglaterra, y extendiéndose luégo gradualmente hacia el Oeste, aspiraron de allí á poco los invasores á la dominación del reino entero, con el auxilio de los refuerzos que á cada momento recibían de ultramar. Empeñóse la lucha entre ambas razas, originarias una y otra del mismo tronco teutónico y á cual más ruda, durando la guerra seis generaciones, con varia fortuna; pudiendo decirse que la mayor parte de la historia de aquellos días aciagos lo forma el largo catálogo de crueles matanzas, seguidas de feroces represalias, de provincias devastadas, de monasterios saqueados y de villas y lugares reducidos á ceniza y escombros, hasta que al fin cesó la corriente de los invasores del Norte, que parecía inacabable, y desde aquel punto comenzó á disminuir el odio recíproco de los enemigos. Se hicieron frecuentes matrimonios entre ambas razas; los Dinamarqueses se instruyeron en la religión de los Sajones, y por tal modo desapareció una de las causas principales de la mortal animosidad que los separaba; y las lenguas dinamarquesa y sajona, dialectos de un mismo idioma extendido en inmenso espacio, se fun-

dieron en una; pero cuando todavía eran muchas las diferencias que separaban á unos de otros, sobrevino un acontecimiento que sometió á entrambos al yugo de común esclavitud y humillación á los pies de un tercero.

## V.

## LOS NORMANDOS.

Eran los Normandos entonces la raza más privilegiada de la cristiandad. Su valor y su indómita bravura los habían hecho brillar entre los piratas que saquearon de la Escandinavia para invadir la Europa occidental y saquearla; y no sólo fueron sus naves durante largo tiempo espanto de ambas orillas del estrecho, sino que llevaron sus armas victoriosas con repetición hasta el centro mismo del imperio Carlovingio, alcanzando triunfos señalados al pie de los muros de Maestricht y de París. Al fin, uno de los débiles y ruines herederos de Carlomagno les cedió una provincia fértil, cruzada de río caudaloso y cerca del mar, su elemento favorito, y en ella fundaron un Estado poderoso que fué poco á poco extendiendo su influencia sobre los principados de la Bretaña y del Maine. Y como sin perder un átomo del esfuerzo indomable que hasta entonces los había hecho terror de todas las naciones desde las orillas del Elba hasta los Pirineos, no sólo se asimilaron los Normandos rápidamente la civilización, la ciencia y el progreso moral de la comarca ocupada por ellos, sino que lo acrecieron, en tanto que la protegían con su denuedo de las inva-

siones enemigas, lograban establecer en ella el orden interior de una manera que tardó mucho en disfrutar el Imperio franco. Abrazaron después el cristianismo y aprendieron con él del clero cuanto podía enseñar; abandonaron su lengua nacional y adoptaron la francesa, cuyo elemento predominante lo constituía el latín, y la elevaron á una majestad é importancia que antes no había tenido, pues de la jerga bárbara que hallaron, hicieron un idioma y lo emplearon en la legislación, la rima y los libros de caballería; y renunciando á la intemperancia brutal, propia de las otras ramas germánicas, y á la cual eran tan aficionados, ofrecieron singularísimo contraste con la embriaguez y grosera glotonería de sus vecinos los Dinamarqueses y Sajones en fuerza de ser elegantes y fastuosos en sus gustos; como que preferían los Normandos mostrar su magnificencia en grandes, cómodos y bellos edificios, en ricas armaduras, en caballos de buena raza y alto precio, en halcones bien domesticados, en torneos y fiestas perfectamente organizadas, en banquetes finos y en bebidas exquisitas, á lucir de una manera tosca, á comer con voracidad de muchos manjares más abundantes que bien dispuestos y á embriagarse con brebajes fuertes. Pues el espíritu caballeresco, que tan poderosa influencia ejerció en la política, en las costumbres y modo de ser de todas las naciones europeas, alcanzó su más alto grado de perfección en la nobleza normanda; señalándose sus individuos por el buen porte, los modales distinguidos, la pericia y habilidad en las negociaciones diplomáticas y la elocuencia natural que cultivaban asiduamente; razón por la cual dice con orgullo uno de sus historiadores que todos los caballeros normandos eran elocuentes desde la cuna. Pero aun gozaban de más fama por sus proezas militares, por-

que desde el Atlántico hasta el mar Muerto no hay lugar que no fuera testigo de los prodigios operados por su disciplina y valor; como que un caballero normando, á la cabeza de un puñado de guerreros, desbarató y ahuyentó á los Celtas del Connaught; que otro fundó la monarquía de las Dos Sicilias y vió huir delante de sus armas á los emperadores de Oriente y de Occidente; que otro, el Ulises de la primera cruzada, mereció ser investido por sus compañeros de armas con el título de príncipe de Antioquía, y que otro, el Tancredo, cuyo nombre vivirá eternamente inmortalizado por el Tasso en su gran poema, fué famoso en la cristiandad entre los más bizarros y generosos campeones del Santo Sepulcro.

La vecindad de un pueblo tan notable bajo tantos aspectos comenzó á ejercer sus naturales consecuencias en el espíritu público de Inglaterra, siendo una de las primeras la de que los príncipes ingleses fueran á educarse á Normandía desde antes de la conquista. Concediéronse luégo estados y jurisdicciones eclesiásticas á los Normandos; se familiarizaron en el palacio de Westminster con el francés de Normandía, y en fuerza del comercio de ideas establecido entre ambos pueblos llegó á ser la corte de Ruan á la del rey Eduardo *el Confesor* lo propio que la de Versalles á la de Carlos II.

## VI.

## CONQUISTA DE LOS NORMANDOS.

La batalla de Hastings y los acontecimientos que la siguieron, no solamente fueron eficaces á poner un duque de Normandía en el trono de Inglaterra, sino á

rendir y avasallar á los Ingleses á la tiranía de la raza normanda, de tal modo que rara vez ofrece la historia, ni aun en Asia, ejemplos de conquista más completa de un pueblo por otro. Los capitanes vencedores hicieron partijas de toda la isla y se las adjudicaron. Robustas instituciones militares, unidas estrechamente á la organización de la propiedad, facilitaron á los conquistadores extranjeros el modo de mantener su tiranía sobre los conquistados, y un código penal cruel, aplicado de una manera cruelísima, protegió los privilegios y hasta los placeres de los opresores. Sin embargo, la raza conquistada, no por haber quedado vencida y sujeta, permaneció pasiva, sino que se revolvió contra sus dominadores. Entonces fué cuando algunos hombres de ánimo esforzado, héroes de las antiguas baladas de Inglaterra, se guarecieron en los bosques, y á pesar de las leyes forestales y de la queda (1), hicieron guerra de bandidos á sus opresores, arrojándose sobre ellos y exterminando á cuantos caían en sus manos. Y como se repitieran los asesinatos con horrible frecuencia, y unas veces desaparecieran repentinamente Normandos de cuenta sin dejar rastro de sí, y otras se hallaran esparcidos por los campos numerosos cadáveres con muestras de la violencia que sufrieron, se dictó pena de muerte por tortura contra los culpados; mas aun cuando los buscaban afanosamente y los perseguían por todas partes, nunca los hallaban por ser cómplice suya y encubridora de todos la nación entera, llegando con esto á creer necesario los invasores, y acaso eficaz á contener

(1) *Curfew laws* en el original, que traducimos por *la queda* en castellano, por referirse al mandato de Guillermo el Conquistador, á virtud del cual habian de cubrirse los fuegos y apagarse las luces á un toque de campana dado al anochecer.—N. del T.

el mal, la imposición de ciertas multas á las centurias (1) ó distritos en los cuales hubiera sido muerto algún individuo de origen francés; orden que fué seguida de otra en cuyo texto se declaraba que todos los asesinatos se supondrían cometidos en Franceses, á menos de no probarse que las víctimas fueran de raza sajona.

En rigor, y hablando con propiedad, no podemos decir que hay verdadera historia de Inglaterra durante los ciento cincuenta años que siguieron á la conquista. Cierto es que los reyes franceses de Inglaterra lograron elevarse á un grado de poder que puso asombro y miedo en las naciones vecinas; que conquistaron la Irlanda; que recibieron homenaje de la Escocia; que por su valor, su política y sus bien calculadas alianzas matrimoniales se hicieron infinitamente más grandes y temibles que sus señores los reyes de Francia; que así el Asia como la Europa quedaron deslumbradas con el brillo, la gloria y la magnificencia de los tiranos de Inglaterra; que las crónicas arábicas refieren con admiración y despecho la toma de Acre, la defensa de Jaffa y la marcha victoriosa sobre Ascalón; que las mujeres de Palestina pronunciaban el nombre del Plantagenet, Corazón de León para dar miedo á sus hijos; y que hubo un momento histórico en el cual pareció que la raza de Hugo Capeto acabaría luégo como acabaron antes las de Meroveo y Carlomagno, y que una sola formidable monarquía extendería su poder desde las Orcaidas al Pirineo. Así es, en efecto; mas también es cierto que, como muchos asocian en su imaginación de una manera estrecha y mezquina la grandeza del soberano á la del pueblo que gobierna, casi todos los

---

(1) *Hundred*, que vale por centuria ó distrito, y es el modo de división que tienen ciertos condados de Inglaterra.—N. del T.

historiadores de Inglaterra han hablado con orgullo del poder y esplendor de los conquistadores de su patria, lamentándose y doliéndose de la decadencia de ambas cosas, cual si fuera calamidad nacional; siendo esto tan absurdo, como lo sería que un negro de Haití, contemporáneo nuestro, sintiera excitado su patriotismo con la grandeza de Luis XIV y humillado con el recuerdo de Blenheim y de Ramillies. Pues que Guillermo el Conquistador y sus descendientes, hasta la cuarta generación, no fueron ingleses; que muchos de ellos, no sólo nacieron en Francia, sino que allí pasaban la mayor parte de su vida; que la lengua usual entre ellos era la francesa; que casi todos los empleos, cargos y oficios principales que podían dar, los conferían á Franceses, y que cada nueva victoria de las que alcanzaban en el continente los hacía más indiferentes respecto de los Ingleses. Ciertamente es que uno de los principales por su talento y aptitudes se propuso conquistar el afecto de sus vasallos ingleses casándose con una princesa de raza sajona; pero no lo es menos que su enlace fué considerado por la mayor parte de sus nobles cual lo sería en nuestros tiempos en Virginia el matrimonio de un hacendado europeo con una cuarterona. La historia designa en sus páginas á este príncipe con el respetable sobrenombre de Beauclerc; mas sus contemporáneos lo apellidaron con un mote sajón que aludía despreciativamente á su matrimonio.

Si, como llegó á parecer posible cierto tiempo, hubieran conseguido reunir los Plantagenets toda la Francia bajo su imperio, es probable que nunca hubiese sido independiente la Inglaterra, y que, por tanto, sus príncipes, lores y prelados fueran hoy de otra raza y hablaran otro idioma que sus artesanos y labriegos; que las rentas de sus grandes propietarios



se invirtieran orillas del Sena en festines y diversiones; que la noble lengua de Milton y de Burke hubiera permanecido estacionada en tosco dialecto, sin literatura, ni gramática, ni ortografía, ni reglas fijas, y usada sólo de la gente rústica y campestre, y que ningún hombre de origen inglés habría podido elevarse á cierto rango sino es haciéndose francés en todo.

## VII.

## SEPARACIÓN DE INGLATERRA Y NORMANDÍA.

Á un acontecimiento que los historiadores ingleses consideran infausto debe la Gran Bretaña el haber librado de tanta desgracia. Pues, como eran sus intereses nacionales radicalmente opuestos á los de sus reyes, y sólo podía esperar el bien de las faltas y errores que cometieran y de sus infortunios, el talento y virtudes de los seis primeros monarcas franceses fueron para ella una manera de maldición, y salud las locuras y vicios del sétimo. Si Juan hubiera heredado las grandes dotes de su padre, de Enrique Beauclerc ó del Conquistador; menos aún, si hubiera poseído el valor militar de Esteban ó de Ricardo, y si el rey de Francia que á la sazón ocupaba el trono hubiese sido tan incapaz como lo fueron los demás sucesores de Hugo Capeto, la casa de los Plantagenets se habría elevado en Europa á muy considerable altura. Pero en aquel momento decisivo precisamente se hallaba la Francia, por primera vez, desde la muerte de Carlomagno, gobernada de un príncipe de

gran firmeza y habilidad notoria; y la Inglaterra, por el contrario, que desde la batalla de Hastings estuvo regida generalmente de hombres de Estado y de guerreros bizarros, había caído en manos de un cobarde imbécil. Entonces despuntó la aurora de los futuros destinos de la Gran Bretaña. Juan fué arrojado de Normandía, y los Normandos se vieron reducidos á escoger entre la isla y el continente. Rodeados del mar por todas partes y encerrados en Inglaterra los que optaron por ella, en fuerza de vivir juntos con los oprimidos de su tiranía y los despreciados de su altivez, llegaron á estimar aquella tierra por patria y sus naturales por compatriotas; y como las dos razas, hostiles en otro tiempo, reconocieran al fin que sus intereses y sus enemigos eran comunes, y ambas tuvieran grandes quejas del despotismo de un mal rey é igualmente se indignaran de las mercedes y favores otorgados á Poitevinos y Aquitanos, los nietos de aquellos que pelearon bajo las banderas de Guillermo y de Haroldo se abrazaron, siendo la primera prenda de su reconciliación la Carta Magna, conquistada con el esfuerzo común y escrita para bien de todos.

## VIII.

## AMALGAMA DE LAS RAZAS.

En este punto comienza la historia de la nación inglesa; pues la de los sucesos precedentes sólo es catálogo de males y daños impuestos y sufridos por las diversas razas pobladoras del suelo inglés y que se lo